

Redacción y talleres, Factor, 7.

FUNDADOR: D. MANUEL M. DE SANTA ANA

Administración, Arenal, 1, pral.

AÑO LXXV.—NUM. 23.230

MADRID.—JUEVES 9 DE MARZO DE 1922.

VARIAS EDICIONES DIARIAS

## GLORIA Y OLVIDO

# PAZ A LOS MUERTOS

No hace mucho fueron removidas las cenizas de Rodrigo Díaz de Vivar, en Burgos, para trasladarlas de sepultura. Acaso no sea ésta la última peregrinación de los restos del Cid Campeador, pues ni espiritual ni materialmente nos allanamos en España a cumplir la enérgica intimación del gran Costa para que se echara doble llave al sepulcro del hombre esforzado tanto en las lides guerreras como en la defensa de los fueros ciudadanos, encarnación de la soberanía popular frente a la realza, haciendo prestar a un Monarca el famoso juramento de Santa Gadea.

En España ni siquiera damos paz a los muertos. Los que en vida conquistaron gloria no lograron, sin embargo, alcanzar para sus despojos descanso eterno. Con ese trasiego de cadáveres, ¿no se han perdido los restos del ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes y Saavedra?

Aquí y allá, por todas las ciudades españolas, están repartidas las tumbas de los españoles más ilustres, grandes capitanes, nautas esclarecidos, pintores de renombre, escritores inmortales. Para rendirles un tributo de admiración a su gloria y a su memoria impercedera un recuerdo devoto, sería necesario un peregrinaje más penoso que el de los antiguos romeros de todos los países camino de Compostela, de ciudad en ciudad y de pueblo por pueblo, sin encontrar muchas veces el rastro de aquellas existencias que fueron humildes pero fecundas, ni el resplandor de aquellas glorias que se han extinguido en la devoción de las gentes.

Casi periódicamente hacemos el traslado de restos de españoles insignes de un lugar a otro, para al cabo de los años desenterrarlos de nuevo y llevarlos de un sitio a otro en busca de una tumba que al parecer nunca será definitiva. Hasta más allá de la muerte no queremos que se desvirtúe nuestra tradición de incansables andariegos.

Ahora le toca en turno el traslado a los restos del gran poeta Quintana. El sábado próximo serán llevados desde el Sacramento al cementerio del Este. ¿Y luego?... Es una necesidad, según se dice. Será una reparación también. Con Quintana se dio un caso excepcional en nuestro país. Fue glorificado extraordinariamente en vida; ha sido injustamente olvidado después de muerto. Antes que él ninguno había recibido en España un homenaje nacional tan solemne. En el Senado le coronaba un día con gran pompa la Reina Isabel, con la asistencia espiritual de todo un pueblo.

Ha ido pasando el tiempo. Salvo los eru-

ditos que saborean las antologías de líricos españoles, conocen y estiman la robustez de estro y la rima espléndida de Quintana, para la generalidad de las gentes es ése un nombre que nada evoca en sus espíritus.

Carecemos en España de ese culto que otros pueblos saben rendir a los muertos gloriosos que representan el blason de su historia y algo así como el cuño espiritual de la raza, indeleble al través de los siglos y de todas las contingencias humanas.

En París, por ejemplo, manos anónimas, sin duda manos de mujer, colocan todos los días flores sobre la tumba de Musset. ¿Qué mejor homenaje, por silencioso y afectuoso, a la memoria del poeta? La que ha sentido estremecerse su corazón con una estrofa de «Rolla»; la que ha vertido una lágrima llamada al leer los versos cálidamente amorosos y delicadamente sensitivos del cantor de Mimi Pinson, buscan su sepulcro para dejar sobre él un recuerdo de esas horas de intimidad melancólica, una flor y un recuerdo.

De esa predisposición psicológica, acaso efecto de una mayor cultura, carecemos en España, desgraciadamente. Acaso sea que nadie se ha preocupado de educar la masa colectiva en ese culto a las glorias indiscutibles de nuestro país, un país que es fiero en sus exaltaciones y que tiene siempre ídolos que adora con apasionamiento, aunque ídolos efímeros, glorias de un día. Quintana no dice nada a las generaciones de su hora presente. Se hará el traslado de sus restos sin que a esa sencilla ceremonia se asocie la manifestación de admiraciones entusiastas que rinda el alma de la nación entera.

¿Y si al menos su sepultura fuese definitiva! Todavía no tenemos en España el Panteón de Hombres ilustres de que tanto se ha hablado, aunque inútilmente. Si algún día lo tenemos, es forzoso que en él descanse para siempre el gran poeta Quintana, no por merced, sino por derecho propio.

Visitando la abadía de Westminster, en Londres, o el Pantheon, en París, se advierte, con emoción honda, el culto que ingleses y franceses consagran a sus hombres de mayor prestigio, que han sido en realidad los que han creado la gloria y la grandeza de Inglaterra y de Francia.

Ya que en nuestro país no sentimos esa desinteresada exaltación patriótica, al menos tengamos el sentimiento cristiano y también humano de dejar en paz a los muertos.

ANGEL GUERRA

matices. ¿Y no es ello un considerable triunfo?

En la función solemne de anoche, además de los exquisitos regalos y de la copia de flores, la beneficiada hubo de recibir como tributo a su arte presentes valiosos de comedígrafos y poetas.

Don Serafín y D. Joaquín Alvarez Quintero, D. Eduardo Marquina y D. Manuel Machado contribuyeron con su inspiración a la brillantez de la velada.

El entremés de los sevillanos, que se intituló «El cuartito de horas», solazo cumplidamente a la concurrencia. Tiene frescura y garbo, aire castizo, diálogo vivo y sabroso. En este menester de entremesistas, los Quinteros son maestros. La vena cómica del gran siglo español—clara mañana del teatro—llega hasta ellos pura, fuente y graciosa. Son herederos por línea recta de varón del bathoja sevillano, de Lope de Rueda. Su galería de continuo se enriquece con nuevos tipos de entraña, de moral y de filosofía populares.

La canción dramática de Marquina y los cantares andaluces de Machado—intensidad y gracia, sentimiento y poesía—gustaron como de quien eran.

Al mostrar al público estos homenajes de la más grata espiritualidad, Lola Membrives empuñó lo mejor de su arte. Una vez más con su variedad y riqueza expresivas, consiguió un suceso feliz.

ENRIQUE DE MESA

## GACETILLA RIMADA

Ayer juró el Gobierno... ¿Y qué juró?  
¡Vaya usted a saber!  
Mas, desde Sánchez Guerra hasta Silió,  
el nuevo Ministerio juró ayer.  
Tengo que confesar,  
aun contra mi deseo  
de callar,  
que me parece feo,  
aunque sean ministros, el jurar.

Va a Hacienda Bergamín, ese hombre serio  
de aire un poco terrible y fantasmal,  
que gusta de las obras de misterio:  
jamás faltó a un estreno de Rambal.  
Es intérprete ahora de un dramón  
(el de regir la ibérica nación)  
que tiene, cual los dramas policíacos,  
trucos, tracas y atracos...  
y al final quizás tenga una explosión!

A Gracia ha ido Bertrán. Bertrán. Mo  
a medioeval trovero...  
Tiene una guita de armonías liana...  
Del castillo roquero  
al pie del muro, Bertrán canta una verna  
trava de amor, y entonces de una almena  
parte vauda una escuela  
que el trovador oculta en su escarcela...  
Todo esto me imagino de Bertrán,  
pero luego medito: «Es catalán»,  
y toda poesía medioeval  
cae al suelo de pronto... ¡Es natural!

Poor, mejor, igual, tal como sea,  
lector, pido al Eterno,  
que este Gobierno, por lo menos, vea  
la luz del nuevo invierno.

JARDIEL PONCELA

## EN MEMORIA DEL SR. DATO

EN EL FOMENTO DE LAS ARTES  
Ayer, a las diez, se celebró una importante velada neorológica en este simpático centro de enseñanza, para honrar la memoria de D. Eduardo Dato, que durante once años desempeñó el cargo de presidente de dicha Sociedad.

Presidieron el acto los Sres. Bugallal (don Gabino), vizconde de Eza, Ortega Morejón (D. Luis), D. Manuel Molina, D. Carlos Prast, el marqués de Santa Cruz, Bugallal (D. Darío) y la Junta directiva del Fomento de las Artes.

Hicieron uso de la palabra los Sres. Ortega Morejón, como presidente actual de la Sociedad; D. Antonio Herrera, como secretario general que fué de la misma durante la presidencia del Sr. Dato; D. Carlos Prast, como socio antiguo de la casa, y el vizconde de Eza, como presidente que relevó en el cargo al señor Dato.

El conde de Bugallal puso digno remate a los elocuentes discursos pronunciados con uno sincero y también elocuentísimo, en el que, como los señores que le hablan precedido, hizo resaltar la obra política realizada por el ilustre hombre público en los distintos cargos que desempeñó, encaminada siempre a conseguir el mejoramiento de la clase.

Como digno remate a la velada, el señor Bugallal recorrió la cortina a una lámpida colocada en el salón de Actos, y que dice:

«El Fomento de las Artes a sus socios beneméritos Eduardo Dato, duquesa de Parcent, marquesa de Squilache y Francisco Recor.—1921.»

EN LA TUMBA DEL SEÑOR DATO  
Una Comisión del ministerio de Trabajo, Comercio e Industria, compuesta de los señores Matos, conde de Altea, D. Severo Gómez Núñez y D. Felipe Gómez Cano, visitó esta mañana la tumba del Sr. Dato, depositando sobre ella una hermosa corona de flores.

## DESDE MELILLA

# LA ESCUELA DE LA VIDA

### TRIBUTO A LA VERDAD

Esta noche regresarán a la Península en el «Reina Regente» los agregados militares de la Argentina, Chile, Estados Unidos, Francia, Italia, Méjico y Portugal (guardemos el orden alfabético) que han querido venir a visitar nuestras posiciones reconquistadas, demostrando con ello un interés muy deferente para la causa de nuestro Ejército.

Venían complacidos de nuestra zona occidental, y seguramente no se van menos satisfechos de esta zona, en la que fueron no menos cumplidamente servidos y obsequiados.

Verdaderamente hay que reconocer que la Naturaleza quiso ser en esta ocasión eficazísima colaboradora, ya que ella tendió sobre los campamentos sus telas más luminosas y sus galas más vernaes, tan vernaes que parecía como si la primavera nos hubiera enviado para estos agasajos al aire libre los más espléndidos días de mayo.

Si, la Naturaleza, esta vez propicia, encerró en sus más recónditas cavernas los impetuosos y polvorientos «Ponientes» y los «Levantes» que flagelan el mar embraveciéndole, enfureciéndole y encrespándolo, hasta conseguir que sus olas, en legiones interminables, se lancen encabritadas sobre la bahía, sembrando el pánico en las embarcaciones.

Encerró los vientos y barrió las nubes, dejando el cielo límpido, como una turquesa sin mácula. Y bajo esta cúpula azul, en la que el Sol campeaba en todo su esplendor, los campamentos engalanados parecían ciudades en fiesta, de blancas viviendas habitadas por gentes alegres y felices.

«En este Mundo traidor  
nada es verdad ni es mentira...»

Y la Naturaleza quiso poner ante nuestros ojos su más claro zafiro para que todo lo viésemos del color de la ilusión.

De tal modo, que si nosotros hubiéramos llegado aquí en estas circunstancias, por vez primera y bajo la impresión de los relatos trépidos de la Prensa, en los pasados meses de tribulación y desconcierto, creeríamos que tales relatos eran pura patraña y que la vida del soldado español en los campos de guerra no tenía nada que envidiar, en paradisíaca, a la de los Eliseos.

Avergüenzate, oh alma jeremiaca, de tu sensiblería estúpida y oculta donde nadie te vea, con la cola entre las piernas y más corrida que una mona.

Avergüenzate y arrepiéntete de haber alarmado al país, poniendo en un brete al Alto Mando y al Gobierno, tan competentes, tan experimentados, tan atinados y serenos.

Sólo tienes en descargo de tu conciencia el que obraste de buena fe, dejándote engañar por los cristales «tenebrosos».

Por eso mereces disculpa y perdón, pobre alma torpe, inexperta e impresionable, y por tanto incapaz para juzgar estas cosas de la guerra. ¿Con qué autoridad vas a poder seguir hablando sobre tales cuestiones? ¿Qué crédito pueden merecer a los oyentes confiados tus juicios y tus afirmaciones futuras?

—Pero vamos a ver—nos dice D. Cándido Buenafé, ante quien hacemos estas confesiones sincerísimas en descargo de errores—¿habla usted verdaderamente en serio, o son esas palabras de ironía?

—Querido señor de Buenafé—respondemos—, si hubiese ironía en nuestras palabras, esa ironía sólo serviría ahora para herirnos a nosotros mismos. Hablamos muy en serio, porque es, ante todo, la sinceridad norma de nuestros sentimientos y de nuestros actos. Cuando censuramos, lo hacemos animados por un sentimiento de justicia, sentimiento que nos obliga a rectificar en el momento en que comprendemos y reconocemos nuestros errores.

Hemos hablado muchas veces con quejumbroso acento de la vida del soldado en campaña, condoliéndonos de todo corazón de las fatigas y las privaciones extremadas que sobre él pesaban.

Todo cuanto dijimos sobre ello fué sin salirnos lo más mínimo de los límites de la verdad. Y no sólo no hemos exagerado la nota patética, sino que nos hemos contenido en el tono prudente y justo de la acusación humana, indispensable para despertar no la ira, sino la piedad y la caridad nacional, bien manifiesta con los infinitos donativos hechos al soldado en campaña, desatendido a pesar del considerable presupuesto de Guerra.

Creímos, eso sí, ingenuamente que a pesar de tales donativos, de tantos y tan continuos auxilios, el soldado no iba a poder resistir las inclemencias de la vida y del tiempo, durmiendo meses y meses en el húmedo suelo, alimentándose con latas de sardina y sin tener la posibilidad de desnudarse ni una sola noche.

Pero la juventud es fuerte y la naturaleza tiene inagotables energías.

Y al ver en estos campamentos iluminados de Sol a esta juventud sufrida y entrenada, entregándose alegremente a los deportes, más fuerte y animosa que nunca, comprendemos que el hombre es un animal de costumbres y que su naturaleza es adaptable al medio ambiente en que se cria. Siendo, por consiguiente, más beneficioso para su fortaleza física, y aun espiritual, esta vida rigurosa y reglamentada sin mollicie enervante, que la vida de la ciudad y del hogar con todas sus ventajas de libertad y de comodidades y contemplaciones familiares, siempre perjudiciales porque resaban sus costumbres e instintos.

Ahora tenemos que dar la razón al señor La Cierva en este punto, y se la damos convencidos por la realidad misma.

¿Y cómo no darnos por vencidos y convencidos después de ver en todos estos campamentos que visitamos con los agregados militares; después de ver en Yazanen, en Tifasor, en el Zaio, en Bugardain, en Monte Arruit, en Batel y en Dar Drius el milagro de la naturaleza humana, en su edad juvenil, surgir, como un fénix de fuerza y virilidad, de las energías que parecían rendidas, extenuadas, consumidas, completamente agotadas en una vida de fatigas y privaciones verdaderamente rigurosa?

Ahora comprendemos la pujanza de las huestes de Aníbal y de todas las hordas vandálicas, y nos convencemos de que no hay nada más pernicioso para el hombre que esta vida moderna, tan femenina, de la familia y de la ciudad, llena de mimos, de pequeñas comodidades, de pequeños vicios, de pequeñas vanidades y de cuidados y necesidades múltiples y superfluos, que convierten al hombre civilizado en un sér egotista, resabiado, mezquino, mucho más inferior moral y físicamente, a pesar de su educación social y de su sabiduría práctica, que el hombre primitivo de las cavernas y las selvas.

Siempre hemos mirado la vida militar con poca simpatía y siempre hemos considerado el servicio militar como una de las vejaciones sociales y una de las calamidades ciudadanas.

Pero después de estudiar prácticamente la vida miliciana en este campo experimental de la guerra, creemos firmemente que vivíamos en un error, y que el servicio militar, no en el cuartel de la ciudad, sino en la tienda de campaña, es el mejor y más beneficioso correctivo para el hombre que empieza la vida y está maleducado y consentido por las comodidades del hogar y las condescendencias de la familia.

Naturalmente que el servicio militar, tal como ahora se hace, está, a nuestro juicio, lleno de defectos, desigualdades y deficiencias fáciles de enmendar.

Pero, aun así y todo, con todos sus defectos, sus muchísimos defectos, el servicio militar obligatorio (el servicio en campaña) nos parece provechoso como una escuela de la vida donde el hombre, mal acostumbrado en la ciudad y mal criado en el hogar, aprende a comprender y a apreciar las ventajas y beneficios familiares y ciudadanos, después de entrenarse convenientemente en todas las privaciones, en todas las abdicaciones, en todas las sumisiones y en todos los rigores de prueba y escarmiento saludables.

Digámoslo si no todos esos soldados de los campamentos que, después de medio año de semejante vida, se entregan a sus deportes alegres, fuertes, ágiles y optimistas, como forjados y templados en el duro yunque de la vida militar, con arrestos suficientes para recorrer y conquistar el Mundo.

GOY DE SILVA

Melilla, marzo 1922.

## Noticias de Portugal

Vigo, 9.—Noticias de Oporto dicen que la huelga de los obreros de la construcción civil se agrava.

La noche última hicieron explosión ocho bombas en distintos puntos de la ciudad y de Vilanova Gaya.

Resultaron heridas algunas personas y se produjeron grandes daños.

Las tropas patrullaban por las calles, llevando camionetas con ametralladoras.

Una patrulla militar se encontró a la puerta del café de Colón a un grupo de paisanos armados, y con él entabló un vivo tiroteo.

Fuó muerto de un balazo el dependiente de comercio José Silva.

Se practicaron numerosas detenciones y registros, encontrándose una bandera monárquica.

Parece que los que cometen los atentados son elementos expulsados de la Guardia Republicana.

# Apostillas teatrales

INFANTA ISABEL: «El simpático García», comedia en tres actos de D. Pablo Parellada (Melitón González).—LARA: Beneficio de Lola Membrives.

A. D. Pablo Parellada, pesquisidor infatigable de solecismos y barbarismos, inventor benemérito de sucios giros sintácticos, se le debe la verdad desnuda y lisa, sin arameales ni arrequives, expresada en un lenguaje neto y limpio, de buena copa y de la mejor casta. Acogernos, para enjuiciar su obra, a eufemismos y circunloquios, sería arriesgado. Ello quizá nos llevara, muy a pesar nuestro, al empleo de oraciones gálicas y de vocablos bárbaros e impropios. Humos como de la peste de la tilda o tacha de galparista. Desechemos, pues, el rebozo y el tapujo. Llamémos castellanamente al pan, pan; al vino, vino, y a lo que ayer se nos sirvió en el escenario del Infanta Isabel, con rotulación de comedia, tontería. Eso sí, tontería reveladora de quietud espiritual, de apacibilidad de ánimo, de envidiable optimismo. Melitón González es, sin duda de ningún género, un carácter bondadoso, una persona excelente.

Quizá nos decidiéramos a calificar de pueril la nueva producción del Sr. Parellada; pero precisamente en los divinos años de la infancia—claro amanecer—la lógica más condescendiente e inflexible tiene su natural asiento y ejerce su irrefragable señorío. ¿Y ocurre algo concordante con el sentido común en «El simpático García»? Acaso nos aventurásemos a disputarla de inocente; pero lo inocuo es término antitético de lo nocivo... y la pieza de referencia daña a la buena ley de la monarquía cónica, con cuyo cetro se alzó un día el gran Lope de Vega.

Nada, que no acertamos a reemplazar la calificación sobredicha.

Confesamos con absoluta lealtad que la obra nos despiertó en sus comienzos. Creímosla un teatral aspecto cómico del Ejército, quizá el más gustoso y el más barato de la dilatada familia militar. Melitón González es un experto. Antes de ahora hemos saboreado en él las sales y gracias del cuarto de banderas y de la guardia de prevención. Por sus

juguetes anteriores han desfilado prodigamente el coronel de gesto ceñudo y de entraña bonachona, el sargento o cabo indefectiblemente decididor y bético, el asistente o revista coporero y zolochó. Pero nos engañamos de medio a medio. La fábula se desenvuelve en tediosa sucesión de escenas bofas y descoloridas, sin viveza y sin chispa, exornadas con cuentos, chistes y chascarrillos de respetable longevidad, tomados, sin escrúpulo de los almanaques de pared, de los de bolsillo, e incluso del popular del va fallecido D. Regino Velasco. Nosotros interiormente saludábamos a las arcaicas agudezas como a viejos amigos.

El público, no obstante su disposición feliz y su buena fe notoria, sintióse defraudado, aunque riera generosamente en algunos pasajes y requiriera por justa simpatía la presencia del autor en la escena.

Los actores sumaron su buena voluntad para el mejor desempeño de los papeles que les estaban encomendados. La señorita Monero, el Sr. Alarcón, el Sr. Suárez (acertado y gracioso) y el Sr. Calle, entre otros, obtuvieron el general beneplácito.

Lola Membrives nos indemnizó con creces del tedio vespéral. La función de su beneficio, que dejará en ella y en los espectadores gustoso y perdurable recuerdo, fué prueba palmaria de las simpatías que se ha granjeado entre nosotros la ilustre argentina durante su breve estancia en el teatro de la Corredera.

La escena española no se halla sobrada de actrices dramáticas. Lola Membrives lo es, y en grado excelentísimo. Los autores de comedias, engolosinados con las muestras de su arte, la verán partirse con pena. Sería entre nosotros un elemento de suma eficacia. La sutileza de su percepción artística cala al tuétano de los caracteres femeninos por ella interpretados. Natural y sobria, asistida en todo punto de la discreción y de la mesura, ha logrado lo más difícil: hallar y descubrir en figuras ya creadas nuevos e insospechados